

ENSAYO

TRES FIGURAS CLAVES DEL MOVIMIENTO CONSERVADOR NORTEAMERICANO*

Lee Edwards**

Durante mucho tiempo el progresismo ha sido predominante en los Estados Unidos, no obstante desde la década del cincuenta es posible advertir un proceso de recuperación del pensamiento conservador y de sus proyecciones sobre el debate público y la escena política. A lo mejor, este fenómeno es, en parte, el resultado del trabajo de algunos pioneros así como también la consecuencia de la acción corrosiva del igualitarismo. El propio Lord Acton, a fines del siglo pasado, anticipó los dramáticos alcances de esa corrosión y durante los años 30 todas sus prevenciones ya se habían hecho realidad. Sobre el particular, es mucho y a veces muy valioso lo que se ha escrito, pero quizá todavía está pendiente la gran crónica de la declinación del progresismo de izquierda norteamericano.

El siguiente trabajo se encamina por una dirección muy distinta, no aspira a grandes ajustes de cuentas y se plantea en un terreno que está más próximo al reportaje periodístico que al ensayo genuinamente reflexivo. Su propósito no es describir el contenido del movimiento conservador norteamericano, sino celebrar las contribuciones de tres de sus paladines.

En la primavera de 1953 no existía en los Estados Unidos un movimiento conservador. El año anterior el más famoso de los políticos republicanos conservadores, el senador Robert Taft, de Ohio, había sido derrotado terminantemente en la carrera por la nominación presidencial del GOP¹ por un republicano apenas de nombre, una personalidad alejada de todo ideologismo, Dwight D. Eisenhower. En ese lejano año, hace ya dos generaciones, había pocas publicaciones conservadoras: *Human Events* era un boletín y *The Freeman* sufría estrecheces financieras; tampoco funcionaban centros de

* Conferencia pronunciada en el Hillsdale College el 18 de abril de 1985. La traducción y publicación han sido debidamente autorizadas.

** Presidente del Center for International Relations, Washington.

1 N. del T. GOP: Great Old Party. (El viejo gran partido), siglas con que se apostrofa al Partido Republicano.

estudio conservadores. Existían, eso sí, unos pocos intelectuales y voceros conservadores: *Camino de Servidumbre*, de Friedrich A. von Hayek, era una obra muy admirada y citada a menudo, a pesar de que su autor era austríaco; Richard M. Weaver había publicado en 1948 su *Ideas Have Consequences* y su audaz argumento, en orden a que Occidente se hallaba en decadencia debido al ascenso de ideas negativas, todavía suscitaba ecos en el medio académico norteamericano; Eric Voegelin y Leo Strauss, ambos emigrantes de la Alemania nazi, estaban activos y escribían; un joven graduado de Yale llamado Buckley había inquietado al establishment progresista con su acusatoria obra, *God and Man at Yale*, publicada en 1951. Se mantenía únicamente una organización poco fraguada de los que podrían llamarse conservadores: la Sociedad Mt. Pelerin, un grupo de académicos europeos y estadounidenses que destacaban la importancia y eficacia del mercado libre. Todo hacía presumir que el progresismo,² la ideología dominante en las universidades y en las iglesias, en los sindicatos y en las instituciones de política pública, seguiría reinando aún por muchos años. Y, sin embargo, ya en 1965, sólo poco más que una década después, hubo en los Estados Unidos un movimiento conservador claramente visible, claramente definible, claramente talentoso. Por esa fecha habían aparecido organizaciones conservadoras nacionales, influyentes publicaciones conservadoras, un candidato presidencial conservador, libros conservadores en las listas de mejores ventas, incluso un club del libro conservador. ¿Qué había ocurrido? ¿Cuál fue el catalizador o los catalizadores? ¿Se produjo un colapso del progresismo, un renacimiento del conservantismo o ambos a la vez?

Bien, aunque haya muchas razones para el surgimiento del conservantismo norteamericano (y recomiendo, para el examen de las tendencias más cerebrales, el excelente libro de George Nash, *The Conservative Intellectual Movement in America/Since 1945*), pienso que el movimiento conservador posterior a la segunda guerra mundial puede ser retrotraído a las ideas y a las acciones de tres hombres: un filósofo, un divulgador y un político. Primero vino el hombre de ideas, el intelectual, el filósofo; luego el hombre de la interpretación, el periodista, el divulgador; y, finalmente, el hombre de acción, el candidato, el político.

Russell Kirk tenía apenas 35 años cuando publicó su monumental *The Conservative Mind*, en 1953. Los liberales se rieron: ¿El pensamiento conservador? Un perfecto chiste, se mofaron. Pero dejaron de mofarse apenas leyeron *The Conservative Mind*, obra en que tuvieron que descubrir un brillante compendio del pensamiento conservador de los últimos 150 años, además de una mordaz denuncia de toda la excéntrica panacea progresista y sus nociones, desde

2 N. del T.: Hemos traducido "progresismo" el término norteamericano liberal que tiene una connotación de izquierda, para diferenciarlo del liberalismo clásico.

la posibilidad de perfeccionar al hombre hasta el igualitarismo económico.

Robert Nisbet escribió a Kirk que había logrado lo imposible: había roto "el centro de la oposición intelectual contra la tradición conservadora en los Estados Unidos". El *New York Times* publicó una reseña favorable de *The Conservative Mind*, al igual que la revista *Time*, cuyo ex editor en jefe, Whittaker Chambers, calificó el libro como el más importante del siglo XX. En efecto, 47 de entre las primeras 50 reseñas fueron favorables para la obra de Kirk.

¿Qué causó esta recepción extraordinariamente positiva para *The Conservative Mind*? Primero, constituyó un logro académico extraordinario —la síntesis de las ideas de algunos de los más grandes pensadores conservadores de los siglos XVIII, XIX y XX: Edmund Burke, la familia Adams, De Tocqueville, Disraeli, Brownson, Paul Elmer More, Santayana. Segundo, fue escrito por un joven conservador norteamericano que no había dictado clases en Harvard ni en Yale, sino que en la Universidad del Estado de Michigan. No era un inmigrante europeo, no era un apóstata del establishment del Este, tampoco era un agricultor sureño, sino alguien que había crecido en la calle principal de alguna pequeña ciudad del Mediooeste. Tercero, el libro establecía firme y concluyentemente que sí había una tradición intelectual del conservantismo norteamericano y que distinguidos hombres de letras y académicos habían sido desde siempre conservadores. En una palabra, Russell Kirk dio respetabilidad intelectual al conservantismo. Logró catalizar una colección algo amorfa de individuos e ideas en un movimiento. Hizo posible, si no popular, autodefinirse como conservador. Antes de Kirk, conservantismo y extremismo eran una y misma cosa para la mayoría de los progresistas, incluso para aquellos que deberían haber sabido entender algo más. Por ejemplo, John Roche, por entonces presidente de *Americans for Democratic Action* y columnista sindicado, no concebía otro calificativo en su columna para un miembro de *Young Americans for Freedom* que el de "hijo de perra". Era un tiro barato que suscitaba risas igualmente baratas, cosa bastante corriente por aquellos días. Actualmente, Roche es un neo-conservador de primer orden que no soñaría con maldecir una organización juvenil conservadora.

El filósofo Kirk había hecho su parte. Ahora le tocaba al divulgador, quien entró en escena en el momento apropiado. Los conservadores de todas las inclinaciones lamentaban el control que los progresistas ejercían sobre las comunicaciones. El propio Kirk afirmó que la mayoría de los periódicos norteamericanos reflejaban la "opresiva ideología" de un "progresismo ritualista" y anunció su intención de lanzar un diario declaradamente conservador. Entre los posibles nombres para el periódico se barajaban los siguientes: *The American Conservative*, *The Federal Review* y *The Conservative Review*. Tras varios años de preparativos y con la asistencia financiera del editor Henry Regnery, finalmente apareció el periódico de

Kirk en 1957, como publicación trimestral; su nombre *era Modern Age*. Pero dos años antes de eso ya había hecho su aparición un semanario conservador, editado por un brillante escritor de 30 años, no marginado de controversias: William F. Buckley Jr. De acuerdo con Buckley, *National Review* "revitalizará la posición conservadora" e "influirá sobre los formadores de opinión" de la nación americana del norte. La publicación parecía cortada a la medida de los tiempos. En 1955, los progresistas tenían ocho revistas de opinión y los conservadores ninguna. Buckley pasó 18 meses recorriendo los Estados Unidos, hablando con conservadores pudientes, intentando reunir un fondo inicial para su publicación de medio millón de dólares. Buckley y sus asociados finalmente decidieron lanzar la revista en noviembre de 1955, a pesar de que apenas habían logrado reunir 400.000 dólares, o sea, menos de lo considerado esencial para iniciar la empresa. Buckley recordaría más tarde que uno de los principales obstáculos para la recolección de los fondos había sido su juventud y su relativa falta de credenciales, no obstante que tenía un libro publicado y había sido coautor de otro.

Bill Buckley hizo lo que hacen todos los hombres jóvenes cuando solicitan dinero a escépticos hombres de negocio norteamericanos (en este caso un aporte mínimo de US\$ 1.500): habló acerca de las distinguidas y renombradas figuras que estarían asociadas con él. Dejó caer nombres como los de James Burnham, Whittaker Chambers, John Chamberlain, Max Eastman, Eugene Lyons, Frank Meyes, Russell Kirk, Frank Chodorov, Freda Utley y otros. Algunas de estas figuras serán indudablemente familiares, otras tal vez no. Lo extraordinario en relación a ellas es su diversidad intelectual; representan lo que por entonces eran las tres cepas del conservantismo estadounidense: los tradicionalistas, como Russell Kirk; los libertarios, como Frank Chodorov y John Chamberlain; los anticomunistas, como James Burnham y Eugene Lyons. La coalición conservadora fraguada por Buckley convirtió a *National Review* en una revista única, fascinante e influyente. Desde el principio, los editores se pronunciaron "irrevocablemente" en guerra con el comunismo "satánico" y postularon que la coexistencia no era "ni deseable ni posible ni honorable": la victoria debía ser la meta de los norteamericanos. En su primera columna de *National Review*, Buckley declaró que los progresistas "administran este país" y son el enemigo. *National Review*, manifestó el editor en jefe Buckley, "se alza contra la historia gritando basta". Esta frase fue malinterpretada durante mucho tiempo. Buckley se refería a la historia que entonces era escrita por los progresistas. Lo que se necesitaba, declaró, eran "conservadores radicales" capaces de cambiar el mundo. Con toda su audacia, *National Review* no constituyó un éxito instantáneo; topó con serias dificultades financieras, como acontece con todas las revistas de opinión. En 1958 se vio obligada a convertirse en una revista bisemanal, aunque siguió funcionando y creciendo, hasta que Bill Buckley pudo declarar a fines de la década de los cincuenta con to-

da justicia: "*National Review*. . . ya no es un fuego fatuo de la derecha cavernaria. Es la voz del conservantismo norteamericano y es reconocida como tal en forma creciente".

"La voz del conservantismo norteamericano". A fines de los años 50 y comienzos de los 60 el propio Bill Buckley se convirtió en esa voz, ya sea a través de *National Review*, de la publicación en 1959 de su obra tal vez más conocida, *Up from Liberalismo* del inicio de su columna periodística en 1962; de sus conferencias casi semanales y sus debates en diversos campus académicos; del inicio de su serie en TV, *Firing Line*, en 1966, actualmente el programa televisado semanal más antiguo de la televisión norteamericana y, mirabile dictu, de su campaña para ganar la alcaldía de la ciudad de Nueva York en 1965 (esta es una historia que todavía debe contarse). Buckley ha sido acertadamente calificado como el renacentista del moderno conservantismo norteamericano. Hace tantas cosas tan bien y tan a menudo, que me pregunto si acaso algunos de nosotros no dan ya por sentados sus multifacéticos aportes. Hace treinta años, cuando nació *National Review*, los conservadores eran universalmente retratados como faltos de humor, dóciles cautivos de las grandes finanzas, limitados en su inteligencia y en su imaginación y reacios a cambios o reformas de cualquier tipo. No es exagerado afirmar que un hombre, Bill Buckley, borró para siempre los clichés izquierdistas relativos a los conservadores con su ingenio, su erudición, su dorado estilo de vida y su disposición a enfrentarse en cualquier foro público con cualquier representante de la izquierda, desde John K. Galbraith hasta Gore Vidal, para vencerlos. Kirk tornó respetable al conservantismo, pero Buckley lo puso de moda.

De manera que primero estuvo el filósofo, enseguida vino el divulgador y finalmente apareció el político.

En 1952, cuando Dwight D. Eisenhower derrotó decididamente a Adlai Stevenson en la carrera por la presidencia, un hombre de negocios y líder cívico de 43 años, oriundo de Phoenix, fue elegido para representar a su Estado, Arizona, en el Senado de los Estados Unidos. Barry Goldwater era un hombre del oeste, donde libertad e independencia no eran palabras, sino códigos de acuerdo a los cuales se vivía. Su abuelo había sido un buhonero judío, quien emigró desde Londres a Norteamérica a mediados del siglo XIX para establecerse finalmente en el territorio de Arizona, región en que tuvo que derrotar a los aborígenes y al desierto para fundar la mayor tienda de departamentos de Phoenix. Al igual que su abuelo y también su padre, Barry Goldwater era esencialmente un vendedor, aunque cuando entró de lleno a la política, dejó de vender productos y comenzó a vender ideas. Durante su primer período, el senador Goldwater fue asignado al Comité Laboral, donde enfrentó a Walter Reuther, de la UAW, y a otros señores del mundo sindical, llegando incluso a proponer en cierta ocasión limitar su poderío, confiriendo a los estados el derecho de controlar y regular las huelgas, la formación de piquetes de huelguistas y los boicots. Fue siempre un hom-

bre ferozmente independiente. No titubeó en oponerse a los programas de gasto fiscal de la administración Eisenhower, a pesar de ser la primera administración republicana en veinte años, anteponiendo sus principios a la política partidista. Ganó fácilmente su reelección en 1958, año en que muchos senadores republicanos perdieron sus bancas.

Al año siguiente, Goldwater electrizó al movimiento conservador cuando se refirió a los problemas domésticos de la administración Eisenhower como un "New Deal de baratillo". Poco después el senador fue interpelado por Clarence Manion, ex decano de la escuela de Derecho de la Universidad de Notre Dame, quien sugirió a Goldwater escribir un libro, un silabario político, para los conservadores norteamericanos. Manion propuso a Brent Bozell, quien había redactado algunos discursos para Goldwater, como posible colaborador. Esta es la génesis del libro político de mayor éxito nunca escrito en los Estados Unidos. *The Conscience of a Conservative* vendió tres millones de copias entre su publicación en 1960 y la candidatura presidencial de Goldwater en 1965. Convirtió a Barry Goldwater en una figura política nacional norteamericana. Sin esa obra es poco probable que hubiera obtenido la nominación presidencial republicana. Sus elocuentes conceptos y su lenguaje claro y directo han sido imitados sin igualarlos, por una decena de aspirantes a cargos públicos elegidos. Es un moderno clásico norteamericano.

Barry Goldwater fue el primer candidato presidencial ideológico. Para él eran importantes las ideas y no las alianzas electoreras. Para él debían ser los principios y no el poder lo que determina la presidencia. Para él la política era un medio y no un fin. En 1964 se presentó como un conservador, sencilla y desenfadadamente. Con sus palabras, lo que ofrecía era "una opción, no un eco". Y al final fue destruido, aniquilado, sofocado, enterrado (puede escogerse el término) por Lyndon Baines Johnson. Barry Goldwater recibió 27 millones de votos, el 39 por ciento del total. Ganó en sólo seis estados —su Estado natal, Arizona, y cinco estados del sur, Mississippi, Alabama, Louisiana, Carolina del Sur y Georgia. Todos los grupos electorales, con excepción de los blancos del sur, eligieron a Johnson por sobre Goldwater. ¿Por qué? Primero, estaba el escueto hecho político que ningún republicano podría haber batido a Johnson tras el asesinato de John F. Kennedy. El pueblo norteamericano deseaba conferirle al nuevo mandatario una oportunidad para llevar a cabo su propio programa y el del presidente mártir. No se hallaba con ánimo para colocar un tercer hombre en la Casa Blanca en sólo un año. Segundo, Johnson efectuó una campaña brillante y los republicanos no. Desde el comienzo se estuvo a la defensiva, debido a la difamación de que Goldwater era un atizador de la guerra y un aficionado a lanzar bombas. ¿Conoce usted el mordaz chiste que circuló algunos años después? Señala un conservador: "Ellos me advirtieron que si votaba por Goldwater entraríamos en una guerra. Bien, voté por él y entramos en guerra". Tercero,

ro, el Partido Republicano no estaba unido tras Goldwater. En efecto, Rockefeller, Romney y otros dirigentes del GOP rehusaron aparecer en la misma plataforma de Goldwater, tratándolo como un leproso político tras su caída. Los escritos de Goldwater no fueron distribuidos en todos los estados. Cuarto, el pueblo norteamericano no estaba aún preparado para admitir que el *New Deal*, el *Fair Deal*, la *New Frontier* y la *Great Society* eran incapaces de generar vigorosamente un nuevo mundo, y para hacerle justicia, no puede dejarse de señalar que en 1964 ese mundo todavía parecía posible. Fueron los excesos fiscales y políticos de la *Great Society*, entre 1965 y 1968, los que en última instancia quitaron la careta al progresismo para dejar al descubierto la filosofía poco efectiva, contradictoria y en bancarrota intelectual. Pero ello no era aún obvio para el electorado en 1964, de modo que Barry Goldwater parecía una voz solitaria clamando en el desierto.

Pero no estaba solo. El senador Goldwater compitió como candidato conservador sobre una plataforma conservadora. Articuló las ideas conservadoras de costa a costa, osando desafiar los conceptos convencionales sobre seguridad social, subsidios agrícolas, IVA, crimen y ley y orden, ayuda externa y la necesidad de derrotar al comunismo. Muchas de sus posturas relativas a estos asuntos fueron empleadas por Richard Nixon en 1968 y 1972 y por Ronald Regan en 1980. Miles de jóvenes conservadores entraron a la política debido a su candidatura. Theodore White escribió proféticamente en su *Making of the President (1964)* que, "uno no puede ignorar a Goldwater, como un hombre sin relevancia para la historia norteamericana. Una y otra vez ha ocurrido en la historia de los Estados Unidos que los perdedores de la carrera presidencial han contribuido casi tanto al tono permanente y al diálogo político como los ganadores". En las postrimerías de la derrota de Goldwater, se les concedió a los conservadores que si bien necesitaban "traducir" sus principios en planteamientos de mayor afectividad, los Estados Unidos no habían repudiado la filosofía conservadora. Escribiendo en *National Review*, Ronald Reagan destacó que el conservantismo como un todo no estaba eliminado, sino que sólo una "falsa imagen" del mismo. James Burnham escribió que "una idea que estuvo en unos pocos cientos de cabezas" una década antes, ahora contaba con millones de partidarios conscientes. Gerhart Niemayer aseguró que el conservantismo era ahora "un movimiento popular articulado e inclusivo".

Hoy en día sabemos que Niemayer, Burnham y Reagan estaban en lo cierto y que en esencia, debido a tres hombres, Russell Kirk, un filósofo; William Buckley, un divulgador y Barry Goldwater, un político, pudo nacer un movimiento que no sólo se halla bien y vivo en 1985, sino que domina el paisaje político e incluso buena parte del intelectual. ¿Pero qué hay de mañana? ¿Quiénes serán los filósofos, los divulgadores y los políticos de la próxima generación?

Pienso que estos tres importantes actores deben estar presentes e interactuar para que prevalezca un movimiento. Las ideas de un filósofo, no importa cuán persuasivas o cuán oportunas sean, deben ser traducidas al lenguaje del lego para que surtan pleno impacto en la sociedad. Y las ideas del filósofo, así como las palabras del divulgador, deben ser traducidas en acción por el político. Al mismo tiempo, si un político depende sólo de sus propias ideas. . . bueno, pronto saltan a la mente los decisores ejemplos de George McGovern y de Jimmy Carter.

Exploremos ahora quiénes han jugado estos tres papeles claves en la actual generación. La opción del político resulta fácil: Ronald Reagan es el primer y único conservador autorreconocido que ha ocupado la Casa Blanca. Reagan desplazó el debate político estadounidense tan hacia la derecha de donde se hallaba hace diez o veinte años, que el senador Edward Kennedy, de Massachusetts, el más prominente progresista de izquierda norteamericano, ha proclamado ahora que el Partido Demócrata debe desplazarse hacia el centro si alguna vez desea recuperar la presidencia y el predominio nacional.

¿Y el divulgador? Puede con justicia decirse que sigue siendo William F. Buckley Jr., quien, con más de medio siglo de vida, ha agregado la redacción de novelas de gran éxito a sus múltiples ocupaciones. Pienso que las tramas propias de la guerra fría de sus novelas de Blackford Oaks han fortalecido el anticomunismo inherente de sus lectores con tanto vigor como las últimas atrocidades soviéticas en Afganistán, Polonia o Alemania del Este. Y muchos norteamericanos más están destinados a verse fortalecidos en forma similar en sus convicciones merced a la filmación de esa novela, cuyo rodaje está previsto para un futuro no demasiado distante. ¿Por qué no Tom Selleck en el papel estelar? Sí, hay que reconocer que después de más de treinta años de escribir, editar, hablar, apoyar y aparecer en todos los medios de comunicación del globo no hay, mirabile dictu, una disminución visible del afán o de la habilidad de Bill Buckley para hacer volar a los progresistas con sus propios petardos.

Y aún así ha surgido toda una nueva generación, particularmente en Washington D. C., que a menudo mira hacia otros lados en busca de su inspiración y encauzamiento diarios. (Por favor repárese en el término "diario". El divulgador está involucrado en la refriega cotidiana; forzado por la necesidad, opta más bien por la visión filosófica de corto plazo que por aquella de proyecciones más perdurables). En esta nueva generación habrán de encontrarse las nuevas cepas del conservantismo, del neo-conservantismo y del conservantismo social. Ellos se unen a los elementos tradicionalistas, libertarios y anticomunistas de movimiento, tornando al moderno conservantismo norteamericano en un sayo de muchos colores. En los divulgadores sobresale Irving Kristol entre muchos otros, mientras que el franco irlandés que es Patrick Buchanan ha sido hasta hace poco

tiempo el campeón de los conservadores populistas sociales, especialmente debido a su mordaz columna periodística y a sus programas de televisión. Buchanan ha respondido, como se sabe, a un llamado desde la Casa Blanca y actualmente se desempeña como director de comunicaciones del Presidente Reagan. Su designación fue recibida por el cuerpo de prensa de la Casa Blanca con el mismo entusiasmo demostrado por la National Education Association cuando William Bennett fue designado Secretario de Educación, es decir, con consternación, incredulidad y un alto grado de inquina. Sam Donaldson, de la cadena ABC, acusó que Buchanan "ha expresado una incesante hostilidad hacia lo que él llama los 'grandes medios de comunicación'. . . En todos sus escritos nos agrupa a todos bajo el calificativo de 'grandes medios' ". "¿Por qué", preguntó el corresponsal ante la Casa Blanca de la ABS al jefe de gabinete de la Casa Blanca, Donald Regan, "se le nombró, cuando en los hechos él considera a la prensa como un enemigo?" Esta pregunta fue demasiado insolente incluso para el *Washington Post*, llevando a su mediador en asuntos de interés público a señalar: "¿Dónde está escrito que los reporteros ante la Casa Blanca poseen autoridad para 'aconsejar y consentir' en materia de nombramientos del Ejecutivo?"

Pero, con todo su rápido ingenio y su máquina de escribir todavía más rápida, Pat Buchanan es esencialmente un fenómeno de Washington y no a nivel nacional norteamericano. Creo que el principal divulgador de la nueva generación no es una persona sino que una institución, la Heritage Foundation. A través de sus publicaciones (219 informes en 1984), sobre múltiples materias, desde las armas antisatélites hasta la reforma tributaria; a través de sus seminarios y conferencias, a través de sus estrechos vínculos con la administración Reagan y el Congreso; a través de su presencia en la colina del Capitolio en un edificio de ocho pisos, ocupado no sólo por un estado mayor de más de cien elementos de primera categoría, sino que también por varias decenas de comités y fundaciones, conservadores, Heritage está influyendo día a día en la política pública desde un punto de vista conservador. Gracias a su presidente, el Dr. Ed Feulner, y otros funcionarios de orientación católica de la fundación, Heritage mantiene estrechos lazos con todos los diversos elementos del movimiento conservador.

Descubrí que escoger al filósofo de la nueva generación se convirtió en la más difícil de estas tareas. No hay una persona individual que domine el horizonte intelectual de la década presente como lo hizo Russell Kirk en las décadas de los 50 y de los 60. Hay, sin embargo, algunos prometedores candidatos, como Joseph Sobran de *National Review*, y todavía hay otra persona que destaca por su brillo y el tono de su obra. No es un conservador de cuna, sino alguien que fue un republicano liberal en su juventud y cofundador de la Ripon Society. Pero ha reconocido el error de sus días de juventud, y con libros tales como *Sexual Suicide*, *Visible Man* o *Wealth and Poverty*, George Gilder tiene mérito suficiente como pa-

ra aspirar al título de filósofo de la nueva generación conservadora. Gilder no es un filósofo formado en la academia (tampoco lo fue, en este sentido, Russell Kirk), pero ama las ideas, las respeta y comprende el enorme impacto que pueden surtir sobre nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro honor.

Hay una antigua maldición china: "Que vivas en tiempos emocionantes". Nosotros, los norteamericanos, más bien llamaríamos a eso una bendición. Nos gustan, buscamos tiempos emocionantes y excitantes e indudablemente nos hallamos en medio de algunos de los años más emocionantes de la república norteamericana. Cuando miramos hacia adelante acude a nuestra mente un pensamiento inevitable: ¿Quiénes serán el filósofo, el divulgador y el político de la próxima generación? Tal vez uno de ellos se encuentre entre nosotros. Ya veremos.